

PAPÁ NOEL

El Piraña le decía a su novia, que no, que el día de Noche Buena no tenía por qué trabajar. Y menos gratis. ¡Faltaría más!

Estaban en el pub Medieval, tomando unos ribeiros y unas ostras frescas. La tarde caía lentamente y la mar estaba picada.

–Por amor a los niños. ¿No te dan pena? –Contestó Noa, la sonrisa dibujada en sus labios pintados de jazmín y la voz melosa y sensual, como actriz que escenifica ante una cámara –. Anda, *cari, porfi*, haz de Papá Noel. Serán dos horas nada más. A las ocho cerrará el centro, hay que ir a cenar, es Noche Buena.

A Noa, le encantaban los niños. Trabajaba en el centro comercial desde el verano, en la sección de juguetería.

El encargado le había comentado que se sería bueno que un Papá Noel visitara el centro comercial el mismo día de Noche Buena. Los niños serían muy felices al ver allí al gordo de la barba blanca, tocándoles la cabeza, repartiendo caramelos y recogiendo sus cartas. Una fantasía para las criaturas. Su infantil sueño. Y, como no, una buena siembra de promoción y recaudación para el centro. Los niños no iban a ir solos, irían con sus mamás, o con sus abuelas, o con ambas a la vez. Y una vez allí, algo comprarían. Era navidad, días de consumo.

–Tú eres de la villa y conoces a la gente –se dejó decir el encargado –. Busca a un Papá Noel para ese día, se le gratificará con cincuenta euros y un lote de embutidos. No lo hará gratis.

Noa habló con media docena de hombres que conocía y que podrían hacer perfectamente el personaje de Papá Noel el día de Noche Buena. Todos se negaron. Unos, por vergüenza de hacer el ridículo al ir vestidos como tal personaje; otros, porque no les iba el detalle; y otros, porque no les daba la santa gana. Punto.

En el último que pensó para el navideño papel fue en su novio, que se llamaba Jesús, pero todos le apodaban el Piraña, culpa de la melladura que se gastaban en algunos de sus dientes.

–No lo harás gratis –se justificaba Noa –, te gratifican

con cincuenta euros y un lote de embutidos.

–¡Una fortuna! –ironizó el Piraña, y enseñó sus mellados dientes en una sonrisa –. ¡Pa no trabajar ya en la vida!

El Piraña no tenía oficio reconocido, pero todos sabían a qué se dedicaba: portaba la *farlopa* del clan de *Los Susos*, clan que ya pirateó con tabaco y whisky, y ahora, en los tiempos modernos, andaban con *la fariña*.

El Piraña era piloto de mar. Conducía la Yamaha con excesiva maestría, cortaba las aguas y desaparecía en mitad de la noche. Se hacía invisible para los ojos de la patrulla marina y para todo dios.

Aquel trabajo sí que le gratificaba. Miles y miles de euros que, en su casa, contaba una y cien veces. Vivía a capricho. El deportivo que se gastaba era el sueño de cualquier joven de la villa gallega. Vestía ropa de marca auténtica y no se privaba de nada.

–Hazlo por la ilusión de los niños –insistía Noa, la voz sensual, dulce como una cucharada de mermelada –. ¿Es que tú no fuiste niño?

–No me acuerdo ya –respondió él con guasa –. Me da que siempre fui así, como soy ahora: regordete y con cara de canalla.

–¿Es que tú no soñabas con Papá Noel el día de Noche Buena?

–¡Qué Papá Noel ni qué hostias! –volvió a reírse, y enseñó sus dientes mellados en aquella risa –. Éramos pobres, mi casa siempre olía a humo. A veces, a caldo de grelos.

No exageraba. Su niñez había sido más escasa que abundante. Con sus padres, vivía en una casa de techos altos como los de un convento. Había veces que la cocina de leña tiraba mal y la casa se llenaba de humo, un humo que se apegaba a las enormes paredes. Y olía. Muchos de sus días, el menú de la casa eran grelos con patatas, y la cocina se llenaba de olor a caldo.

Desde que trabajaba para el clan de *Los Susos*, la abundancia era una rutina en su vida. Piso nuevo, a estrenar, en el centro de la villa. Deportivo color rojo fuego y llantas de aluminio, una cuadra de caballos en el motor que, cuando aceleraba en una recta, el deportivo se volvía invisible para cualquier ojo. Ropa cara y elegante.

A capricho, el Piraña vivía a capricho.

–A los niños les hará mucha ilusión –insistía Noa, la

mirada suplicante y la voz melosa –. Anda, *porfi*, sé Papá Noel. Serán dos horas nada más.

Cedió.

–Vale. Lo haré porque me lo pides tú, los niños y el centro comercial, me la sudan.

–¡Gracias, cariño! – Noa le abrazó, y le besó en la boca, un beso sensual y cargado de mermelada.

Terminada la mermelada del beso, tocándole la nariz con la yema del dedo, ella le retó:

–Me los has prometido. No te rajes ahora, Jalisco. El día veinticuatro, a las seis, en el centro comercial. Y acuérdate de la típica frase de Papá Noel: ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¿Te acordarás?

–Soy un hombre de palabra –se justificó el Piraña –. No me rajaré como Jalisco, el de la famosa ranchera. ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

Rompieron a reír.

El centro comercial de la villa había anunciado que el día veinticuatro de diciembre, a las seis de la tarde, en juguetería estaría Papá Noel, para saludar a los niños, darles caramelos y recoger las cartas dónde estaban escritos sus juguetes favoritos, los que habían pedido, los que esperaban.

Pasadas las cinco, de la mano de sus mamás, de sus abuelitas, o de ambas, los niños comenzaron a llegar al centro, girando en un carrusel de alegría porque iban a ver a Papá Noel. A su Papá Noel. Al hombre bueno de la barba blanca. Al gordo del pijama rojo que traía los regalos.

Por los altavoces, machacantes villancicos amenizaban el ambiente, que era navideño cien por cien. De vez en cuando, los villancicos cesaban por unos instantes y se oía la comercial tentación de una oferta:

“Atención, atención, señores clientes: le recordamos que en pescadería, el kilo de congrio está a tan solo treinta euros con noventa y cinco. Aprovechen la oferta”.

Por ser Noche Buena y porque se esperaba a Papá Noel, el centro se triplicó de clientes. Mareas de personas circulaba por los pasillos, por las diversas secciones; los carros de la compra desaparecían de su aparcamiento, así como las existencias de algunos productos de sus estanterías. ¡Estupendo para el centro, haría una buena caja!

La asistencia infantil crecía cada cuarto de hora. Todos preguntaban a sus mamás por Papá Noel.

–Ahora viene, hijo, ahora viene –era la confiada respuesta.

–¿Me cogerá la carta, verdad, mamá? –era otra pregunta que machacaba los oídos de las mamás o de las abuelas que les acompañaban.

–Sí, claro que sí, cariño. ¿Entonces? –era la respuesta.

–¿Traerá los renos, verdad, abuelita?

–Seguro que sí, mi niño.

–¿Y el trineo?

–El trineo, también.

Viendo el éxito del detalle, el encargado de juguetería miró a Noa y le sonrió con satisfacción.

–Buena idea, la de traer a un Papá Noel en un día como hoy –le soltó en el oído el encargado –. Ya ves cómo se ha puesto esto.

Noa, asintió con una sonrisa.

–¡Gracias por haber convencido a tu novio para que se disfrazara!

–Es un buenazo, un cacho de pan –alegó Noa, satisfecha, rozando la felicidad –. Me dijo que sí a la primera.

–Esperemos que no se retrase –dijo el encargado, y la frase sonó a súplica.

–No se retrasará, mi novio es un hombre de palabra. Y puntual.

El disfraz del navideño personaje, que corría por cuenta del centro comercial, se lo vistió en casa. Para el abultamiento de la panza, el Piraña se rodeó de un cojín del sofá y se lo pegó con celo ancho. Por el detalle, frente al espejo del armario, estuvo riéndose un rato. Se atavió del quimono rojo, del gorro rojo y blanco, con la dichosa bolita en la punta, de la larga y espesa barba blanca, de las botas altas, y del saco, donde, supuestamente, irían los regalos.

Sí, un *perfectísimo* Papá Noel.

Se miró en el espejo. Volvió a reírse. Y fue cuando ensayó la famosa frase del personaje: ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

Y volvió a reírse.

“En qué fregaos me mete la cabrona de Noa”, se dijo así mismo ante le espejo, viéndose vestido de Papá Noel. “Porque la quiero, lo hago porque la quiero”.

Justo cuando iba a subir al coche para tomar rumbo al centro comercial, media docena de hombres, vestidos de calle y empuñando una pistola, le rodearon y le gritaron con

autoridad:

–¡Alto! ¡Policía!

En un parpadeo de ojos, los seis hombres cayeron sobre él. Le tiraron al suelo, le imposibilitaron el más mínimo movimiento y terminaron esposándolo.

–¡Operación Navidad! –dijo uno de los policías –. ¡Queda usted detenido por narcotráfico!

–¡Operación mierda *pa* vosotros! –Contestó el Piraña, enojado y resentido –. ¡Vuestra *santa* madre, cabrones! Es Noche Buena, podíais descansar, ¿no? Comer el turrón sin romper la vida de nadie.

–¿Pensabas que con este disfraz de gilipollas no te íbamos a reconocer? –con hiriente chanza, se dijo otro de los policías.

Desde el suelo, el Piraña le miró a los ojos y le contestó con el resabio de los perdedores:

–¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

En el centro comercial, impacientes y felices, los niños esperaban a su Papá Noel.